Humanismo y Amigonianidad
o
Visión del Humanismo desde el Carisma Amigoniano

Ambientación

No cabe duda de que el término *humanismo* es, culturalmente hablando, *polisémico*, pero, entre sus varias y acertadas acepciones, en esta intervención se entenderá por *humanismo*: el hecho de colocar, en el centro del pensar y actuar, al ser humano con sus cualidades y valores, dando así a la persona –hombre y mujer y cualquiera que sea su edad y posición social– la *dignidad, innata e ineludible* que le corresponde como tal y que es garantista de su *libertad individual* y de los demás derechos que son propios de su condición humana y que han sido consagrados en la *Carta de Derechos Humanos*.

La Biblia, primera raíz del humanismo amigoniano

Ese *humanismo* que se acaba de describir y que, a lo largo de esta intervención, se podrá ver caracterizado y puesto en acción en la *cultura amigoniana*, tiene su primera raíz en la propia *Biblia*.

Ya en el Antiguo Testamento, en medio de un *teocentrismo* puesto constantemente de manifiesto, se encuentran algunos atisbos que apuntan claramente a considerar al hombre –a la persona humana– *centro* de la creación realizada, como se afirma en el 1er capítulo del Génesis, en los versos 1 al 31. Este relato de la Creación –situado al inicio mismo de la Biblia, aunque es cronológicamente posterior al otro relato de la Creación que se encuentra en el capítulo 2º, del propio libro del Génesis, versos del 1 al 25– no se limita a situar al ser humano como *centro* de la Creación, sino que, de alguna manera, lo coloca incluso en *paridad* con el propio Dios, al afirmar que Éste creó al hombre y a la mujer a "su imagen y semejanza" (Gn. 1, 27), dando a entender así que "cuanto más fiel es la persona a su propia identidad humana", no sólo refleja con mayor nitidez la "imagen y semejanza del Creador", sino que además, sólo en la más profunda intimidad del propio ser puede ella –la persona– encontrarse cara a cara con el mismo Dios, como manifestara ya el propio San Agustín (Confesiones III, 6, 11). Esta preciosa pincelada de *humanismo* se ve reflejada, dentro aún del Antiguo Testamento, en el *Salmo 8*, dedicado todo él a exaltar la grandeza del *ser humano* ¿Qué es el hombre? Empieza preguntándose retóricamente el salmista, para él mismo responderse a continuación, dirigiendo sus reflexiones directamente a Dios: "lo coronaste de gloria y dignidad" –le dice y prosigue– "le diste el mando sobre las obras de tus manos… todo lo sometiste bajo sus pies…".

Pasando al Nuevo Testamento –y centrando el discurso en los Evangelios– el *humanismo* aparece ya de manera más frecuente y evidente, pues, sin dejar de ser un

relato *teocéntrico*, tiene momentos en los que la persona humana aparece como el *centro* de la actuación del propio Cristo. Son momentos –o si se prefiere, *pasajes*– en los que se recoge la *actuación misericordiosa del Maestro*, y que dejan apreciar, bien a las claras, que el objetivo central de tales actuaciones es la vida, la salud, el bienestar de la persona necesitada, y que, además, ese objetivo adquiere, si cabe, más fuerza, luminosidad y esplendor, en la medida en que mayor sea la necesidad experimentada por el hombre o la mujer concretos.

Entre los muchos ejemplos que se pudieron traer al respecto –pues, en definitiva, el *humanismo revestido de misericordia*, entrecruza todo el mensaje de Cristo, su *Buena Nueva*– se proponen aquí y ahora los siguientes:

- La Parábola del *Padre Misericordioso* (Lc. 15, 11-32) en la que se aprecia claramente cómo al Padre, ante el regreso del *hijo prodigado*, lo único que le interesa es la persona del mismo, y no sus hechos, de los que en ningún momento formula pregunta alguna y de los que no hace la más mínima referencia. Y, además –y este es otro indicio de claro *humanismo*– el padre se alegra no tanto de que su hijo haya vuelto a casa, cuanto de que éste "que estaba muerto haya vuelto a la vida" (v. 24), de que quien andaba perdido y desorientado, haya encontrado, por fin, un sentido positivo a su propia existencia.
- También es de un *humanismo enternecedor* la parábola –o si se prefiere el *poema humanista*– del *Buen Samaritano* (Lc. 10, 29-37), quién, ante la contemplación de la persona apaleada y abandonada, se sitúa –cosa de la que no habían sido capaces ni el sacerdote ni el levita– por encima de toda ley o precepto ritual.
- No dejan de ofrecer también una actuación claramente humanista del propio Cristo, que quería *misericordia y no sacrificios* (Mt. 9, 10-13), la benevolencia con que trata a la *pecadora arrepentida* o a la *adúltera*, porque valora más a la persona concreta y su amor, que sus hechos (Lc. 7, 36-50 y Jn. 8, 1-11), o la deferencia que tiene con la *mujer samaritana* y con el propio *Zaqueo*, porque es consciente de que *ha venido a salvar lo que estaba perdido* (Jn. 4, 7-30 y Lc. 19, 1-10).
- Indicadores asimismo de un *humanismo a flor de piel* son: la actuación de aquel propietario que paga lo mismo a los jornaleros contratados a primera hora, a mediodía o al caer la tarde, pues se fija en las personas concretas y en sus necesidades, y no su actuación (Mt. 20, 1-16), o la súplica de aquel siervo que pide a su señor le conceda un año más a la *higuera que no ha dado fruto*, con el convencimiento de que *siempre se puede hacer algo más* (Lc. 13, 6-9).
- Y por supuesto –y como amigonianos no se puede silenciar su resonancia– el *humanismo* que destila, durante todo el pasaje, la parábola del *Buen Pastor* (Jn. 10, 1-18). Toda ella es un *poema pedagógico*, entretejido de *valores humanos y humanizantes*, como son en concreto: el *acompañamiento afectuoso*, el *conocimiento por vía del corazón*, que se adquiere compartiendo

vida y sobre todo sentimientos, el *desvivirse* para que los acompañados *tengan vida* y la *tengan en abundancia*, etc…

Francisco de Asís, la otra raíz del humanismo amigoniano

Junto a la Biblia –y más concretamente junto al *Evangelio*, y en perfecta sintonía con el mismo– el *humanismo amigoniano* adquiere también vida y vigor de otra importantísima raíz que no se puede eludir ni silenciar, si en verdad se quiere profundizar en ese *humanismo* característico de la *cultura amigoniana*, que es el *objetivo central de esta intervención* que abre la *III Semana Internacional Francisco-amigoniana*.

Francisco de Asís, es el santo que encontró a Dios en el *hombre concreto* y, más aún, en el hombre marginado, en el *leproso*, al que, venciendo la natural repugnancia, incluso besó (1 Celano, 17). Y este beso, como él mismo confiesa en su *Testamento* le transformó tan profundamente, que lo que hasta entonces le había parecido amargo se le cambió "en dulzura de alma y cuerpo" y se iluminaron de tal manera las tinieblas de su corazón, que –como le rezaría después ante el Crucifijo de San Damián– creería ya, "con fe recta, esperanza firme y caridad perfecta", que Dios estaba en toda persona, pero, de modo particular, en el pobre, en el enfermo, en el desvalido, en el extraviado, en el excluido, en el marginado…

Y fue también, a partir de entonces, cuando Cristo –el *Dios hecho hombre*– se convirtió para él en el *Gran Maestro de humanidad*, que le fue enseñando, a través del *misterio de su encarnación*, a insertarse, comprometerse y a vivir en actitud de servicio, y le fue mostrando también, al contemplarlo *Crucificado*, que debía entregarse sin reserva alguna a todo aquel que encontrase en su camino. De hecho, él mismo, "antes de recomendarlo encarecidamente a sus hermanos, supo convertirse en *caricia del propio Dios* para con "la gente de baja condición y despreciada, para con los pobres y débiles, para con los enfermos y leprosos y para con todo aquel que pedía limosna a la vera del camino" (1Regla, 9, 2). De este modo, Cristo –su gran Maestro– fue haciendo de él, un gran *experto de humanidad*, que sabía valorar, con sacral respeto a toda persona –hombre o mujer– y sabía, de modo particular, comprometerse con la situación concreta de cada persona, centrándose en ella misma y respondiendo a su necesidad particular, superando, si es del caso, toda normativa y relativizando al amor debido a la persona concreta todos los demás valores. En este sentido, resultan verdaderamente paradigmáticos algunos de sus comportamientos como, por ejemplo, cuando, con toda delicadeza y sobre todo con profundo cariño, ordena que todos los hermanos, saltándose el ayuno, acompañen al hermano que no podía conciliar el sueño a causa del hambre y coman con él para que *no pase vergüenza* (LP 50a); o cuando, con espontaneidad y energía a un tiempo, se opone a la ley de la abstinencia un año en que la Navidad caía en viernes y ordena, a quienes defendían el ayuno en un día tal, a que untasen con la grasa sobrante de cocinar la carne las paredes del comedor para que incluso ellas pudieran comer carne en un día tan señalado (2 Celano, 199); o cuando, relativizando, con ingenio y gracia, la prohibición de que las mujeres entrasen en la clausura de los hermanos, manda abrir las puertas a la señora Jacoba porque la prohibición no iba con "Fray Jacoba" (3 Celano, 37).

Pero, además, en Francisco el *humanismo* trasciende el ámbito propio del hombre y de la mujer, para que, lejos de considerarse *reyes de la Creación*, pasasen a ser sus primeros y principales *servidores*, y para que lejos de creerse con el derecho de *dominar la tierra*, tomasen conciencia de que estaban llamados a cuidarla y protegerla. A este respecto, son muy expresivas algunas actuaciones suyas, que dejan ver bien a las claras que consideraba "hermanas" tanto a las criaturas sensibles como a las insensibles "¡No hagas daño al hermano fuego!", dice a quien pretende apagarlo de golpe, y con igual ternura evitaba que fuese pisoteada el agua de las abluciones o fuesen talados los árboles hasta el punto de no tener ya la oportunidad de rebrotar…" (LP, 86 y 2 Celano, 165). Cuando tenía que caminar sobre las piedras, su paso era tímido y respetuoso…, si recitaba el pasaje del salmo: "Me pusiste en alto sobre la roca", decía: "Bajo los pies de la roca, me has levantado". Al hermano que cultivaba el huerto le pedía que no dedicase todo el terreno al cultivo, sino que reservase parte del terreno para que produjese hierba y flores (LP, 88 y 2 Celano, 165). Y él mismo, con gran delicadeza y cariño, recogía de tierra a los gusanillos para que no los pisotearan y en los días helados de invierno ponía el mejor vino y miel a las abejas para que no muriesen de hambre (2 Celano, 165).

El humanismo se hace pedagogía en la cultura amigoniana

Desde su inspiración evangélica y franciscana, el *humanismo* impregnó desde sus inicios el *carisma amigoniano*, como manifestó claramente el padre Luis Amigó en el contexto mismo de las primeras Constituciones redactadas para la Congregación. Según se desprende de éstas, el objetivo de la fundación que Dios le había inspirado era el de que los religiosos progresasen constantemente en *humanidad* mediante su continuo *crecimiento en amor* –y no fue casualidad que la palabra *amor*, la palabra *caridad* fuera la primera que aparecía en dichas Constituciones (OCLA, 2359)– a fin de que los propios religiosos pudiesen *comunicar* así a sus prójimos en actitud de servicio y mediante un trato afable y afectuoso, el *amor* que a ellos mismos les había ido humanizando y que estaba llamado también a ir potenciando el proceso de humanización de las personas atendidas en su ministerio. Toda esta inspiración evangélica y franciscana, como se verá después, fue definiendo e identificando en la tradición amigoniana los principales sentimientos que deben acompañar el proceso pedagógico y deben identificar, al mismo tiempo, al educador.

No obstante, ya en los inicios de su historia, el carisma amigoniano no sólo recibió la decisiva influencia *humanista*, proveniente de su *inspiración espiritual*, sino que recibió también otra muy importante influencia del *humanismo* que sustentó toda una corriente de pensamiento y actuación, encaminada a trabajar en la recuperación y reinserción social de los encarcelados, partiendo del principio de que los delitos debían quedarse fuera de la cárcel y de que la acción carcelaria debía poner como centro a la persona concreta con la esperanza de su recuperación. Esta corriente tuvo precisamente como *pionero*, a nivel mundial, al Coronel Montesinos que desarrolló su labor *moralizante* y *regeneradora* en la Cárcel de Valencia (España), en la ciudad en que vivió su niñez y juventud el propio José María Amigó y Ferrer. Y aunque el padre Amigó no pudo conocer personalmente al Coronel Montesinos, pues dejó su actividad en 1854, el mismo año de su nacimiento, sí que acabó siendo depositario de su legado a través de su

buen amigo, don *Pedro Fuster Galvis*. Y esta influencia *humanista* que alimentó también el primer caminar de la *obra amigoniana*, fue dotando al método pedagógico amigoniano de la *progresividad y gradualidad* que lo han distinguido desde sus inicios, fue promocionando la *individualización* del tratamiento terapéutico y fue valorando el esfuerzo personal del propio educando, así como la importancia de la *emulación* de cara a favorecer su crecimiento en *autoestima*.

Bien pronto, los amigonianos, uniendo a la influencia *humanista evangélica y franciscana* aquella otra –igualmente *humanista*– proveniente del legado del Coronel Montesinos, fueron desarrollando una *pedagogía*, que se distingue, entre otros, por los *valores humanistas* que a continuación se especifican:

– *La cálida acogida*.

Un primer valor que identifica al *humanismo amigoniano*, poniendo como centro de su actuación al niño, niña, adolescente o joven en situación de conflicto y dejando aparte lo que haya podido hacer, es el de ofrecerle una *cálida acogida* que le ayude a comprender que, a partir de ese momento, es su persona lo que verdaderamente importa. Textos amigonianos en este sentido son ampliamente numerosos y entre ellos se encuentran estos tomados de la primera tradición:

- *Desde el momento que ingresa el alumno* –decía uno– *debe ser objeto de cuantas atenciones necesite, sin escatimarle nunca el cariño* (TPAA, 6.248).
- *La primera obligación de todo educador* –insistía otro– *es, sea quien sea el alumno ingresado, recibirlo con cariño… El educador que –conocida o no– la historia del menor, le recibiese con desdén, sin palabras de cariño y aliento…, quizá habría cerrado las puertas del corazón del alumno* (TPAA, 11.152).
- *Es de suma importancia* –añadía otro más– *que, al llegar, el alumno encuentre entre nosotros esa acogida atenta, ese cariño que le hacen abrir las puertas de su corazón. Recíbase, pues, al alumno con muestras de gran simpatía por él. Ninguna de sus cosas ha de ser mirada con indiferencia por el educador, sino al contrario, muéstrese solícito y afanoso por servirle* (TPAA, 12.064 y 12.420-12.421).

– *Conocimiento por vía del corazón*

Sólo por vía del corazón se puede conocer en profundidad a la persona. El amor abre las puertas del corazón –del sagrado depósito de sus sentimientos–, que el desamor cierra "a cal y canto".

Sólo quien se siente querido se deja conocer y, en consecuencia, la primera cualidad que propone al educador el *humanismo amigoniano* de cara a adentrarse en el conocimiento del alumno, es la de amarle sinceramente a fin de que él pueda así sentirse querido y vaya abriendo poco a poco las puertas del propio corazón.

También al respecto, se presenta a continuación una muy pequeña selección de los muchos textos amigonianos que hacen referencia al tema:

- *El medio principal, y me atrevería a decir que único es la caridad en todas sus manifestaciones: benignidad, paciencia, etc…* (TPAA, 3.073).
- *Entre las cualidades del buen educador está, sobre todo, la de amar a los alumnos…* (TPAA, 12.031 y 12.464).
- *Nuestra mirada al contemplar al niño y al joven es una mirada de amor. El amor es lo único que salva. Poco o nada ha de conseguir el educador, si no logra que los alumnos le amen. Y este amor no lo busques, sino amando tú primero…* (TPAA, 24.112 y 24.004 y 24.006).
- *Amar para entender y no sólo entender para amar… Lo único que convence es el amor auténtico de quienes no sólo dan, sino se dan… Amor es algo más que tolerar, es ponerse en la situación del otro, para ver sus dificultades, para aprender a solucionar sus problemas* (TPAA, n. 20.940 y 20.950).
- *A la vida le pido hacer tres tiendas. Una para la ley, bien lejos de nosotros como un mal necesario. Otra para la moral, lo suficientemente cerca como para dar sentido a nuestra conducta, pero lo suficientemente lejos para que no nos desequilibre. Y la tercera para el amor, ésta sí, grande e inconmovible, desde la cual podamos asomarnos a todas las ventanas…* (LÓPEZ, Marco Fidel, *Mis Estaciones*, p. 24).

– *Acompañamiento cercano, cordial y alegre*

El cariño y afecto que favorece el conocimiento del otro por vía del corazón, al que se ha hecho referencia en el anterior apartado, es un valor que debe de actuarse a lo largo de todo el proceso educativo, favoreciendo así que el *humanismo* –hecho pedagogía en la *tradición amigoniana*– adquiera, en su proyecto de poner en el centro de su acción educativa a la persona, otro importante valor, cual es el de realizar en todo momento un *acompañamiento cercano, cordial y alegre* de sus alumnos y alumnas. A este respecto escribía uno de los educadores amigonianos –que fue el primer director de la Escuela de Trabajo San José de aquí de Medellín–: *El amor es atención continuada y serena, sacrificio o comprensión, perdón y confianza, olvido, esperanza y optimismo en el mejor porvenir de los alumnos. El amor es justicia reposada y llena de misericordia; es diálogo con todos los alumnos y cada uno de ellos, bajando un poco, el educador, a las alturas morales de los propios alumnos para mejor comprender sus conceptos, que son los que los guían* (TPAA, 24.004 y 24.006).

En torno a este nuevo valor humanista y humanizante de la *Pedagogía Amigoniana*, pueden encontrarse textos tan dicientes como éstos:

- *La gran palanca para los brillantes resultados de esta Escuela es el ejemplo vivo y personal de los educadores. Aquí no se obliga al alumno a ejecutar el trabajo u obra alguna por sí solo; nunca se le dice "haz esto", sino "hagamos esto"...; el educador come con el alumno de la misma olla..., descansa en el mismo salón, toma parte de sus juegos y con él trabaja, llevando siempre la peor parte. Con esto está dicho todo. El discurso vence, pero el ejemplo arrastra* (TPAA, 6.033-6.034).
- *Convivimos tan familiarmente con los alumnos* –escribía otro educador– *que no sólo los conocemos, sino que nos confundimos con ellos* (TPAA, 5.053).
- *Para adelantar en la educación de los alumnos* –añadía otro– *es de mucha utilidad la alegría de carácter en el educador, excelente medio de comunicación entre educadores y educandos* (TPAA, 11.126).

Restaría decir que este valor del *acompañamiento* es el que de una manera más singular y propia se enraíza en la Parábola o, si se quiere, *poema pedagógico* del Buen Pastor al que ya se ha hecho referencia y que en este contexto concreto se podría denominar el mejor *Manual del acompañamiento* en el que se resaltan actitudes tales como la *cercanía*, la *directa implicación*, el *compromiso vital*, la *empatía* que se establece a través del conocer y ser conocido por vía del corazón, el *testimonio* de ir delante y la *total generosidad y entrega*, dispuesta incluso a desvivirse cotidianamente.

– *Respeto a la individualidad y al ritmo personal*

Otro valor que ha distinguido desde siempre a la *Pedagogía Amigoniana* y que pone de manifiesto, de forma especial, un humanismo centrado en la persona concreta es el del *respeto a la individualidad y al ritmo personal* de todos y cada uno de sus alumnos y alumnas.

Frente al criterio unificador de la justicia, que tiende a equiparar a todos ante la ley –por más que esta pretensión haya resultado históricamente utópica en la práctica–, la misericordia se inclina por aplicar parámetros personales. La misericordia no afrenta la ley, sino que la relativa y le devuelve ese hálito de sensibilidad, de *humanismo*, que inspiró su nacimiento. La misericordia es, pues, individualizadora por esencia.

Y la *individualización* del tratamiento pedagógico –en sintonía con la *cálida acogida*, el *conocimiento por vía del corazón* y el *acompañamiento cercano, cordial y alegre*– ha sido otro de los valores que han distinguido el *humanismo amigoniano* y ha favorecido particularmente que las personas, agraciadas por un respeto y un amor tal, se sintieran profundamente apreciadas y valoradas y, en consecuencia, crecieran en esa *autoestima* que es irrenunciable de cara al adecuado y feliz crecimiento de la persona.

Por otra parte, íntimamente compenetrado con el valor de la *individualización* –y creando unidad con él– se encuentra el *respeto al ritmo*

personal de cada alumno o alumna. Y este respeto por el ritmo personal es una de las herencias que le llegaron a la *Pedagogía Amigoniana* desde el *humanismo* que inspiró la actuación del *Coronel Montesinos* en la Cárcel de Valencia y del que fue tributario ya el propio Padre Amigó, como ya se ha dejado dicho. Esta influencia *humanista* fue la que, desde sus inicios, enriqueció al propio sistema pedagógico amigoniano de los valores de la *progresividad* y *gradualidad* para adaptarse así al ritmo de crecimiento personal de cada uno.

- *La razón del éxito educativo "está en que individualizamos el tratamiento, procurando la pedagogía a la medida* (TPAA, 9.139).
- *El ejercicio (la terapia) debe de proporcionarse a la capacidad del educando… El buen educador sabe distinguir entre alumno y alumno y no exige a todos la misma perfección, sino que se contenta con la medida de cada cual* (TPAA, 12.056).
- *A medida que el alumno va creciendo y va adquiriendo el uso del libre albedrio es preciso apelar con frecuencia a su razón, más que al régimen disciplinario* (TPAA, 12.124, 12.126-12.128).
- *Como el fundamento de nuestro método educativo está basado en la diferencia de trato durante los distintos períodos establecidos, los educadores deben procurar que en cada período se observe el tratamiento más a propósito y bien definido* (TPAA, 0.247 y 0.250).
- *En el tratamiento pedagógico es indispensable la existencia de distintos tratamientos que se reducen a los períodos de "encauzamiento", de "afianzamiento" y de "robustecimiento"…* (TPAA, 14.853-14.868).

– *Ilimitable optimismo*

Y ya para finalizar esta intervención que está resultando un tanto larga, se hará referencia a otro de los valores más identificativos de la *Pedagogía Amigoniana* y que es indicador –una vez más– del *humanismo* que nutre sus raíces. Es este el valor que hace referencia al *ilimitado optimismo* y que es una feliz consecuencia de la creencia en la *bondad natural* del hombre y de la mujer.

El credo de que cualquier persona puede recuperarse como tal es el que ha dado al sistema amigoniano la capacidad de *seguir soñando* en medio de una realidad cotidiana que, en ocasiones, no es precisamente fácil ni ilusionante y es también el que ha ido rodeando a dicho sistema de un cierto *hálito de magia*.

El educador que no crece en la posibilidad de cambio y superación de sus alumnos y alumnas difíciles, se limita, en el mejor de los casos, a ser *comprensivo* con ellos, pero no ejerce en su integridad la propia misión educadora que, por su misma naturaleza, le compromete a ser un

acompañante fiel de sus alumnos y alumnas en su *proyección optimizante de futuro*. Sólo desde una *invencible esperanza*, desde un *ilimitado optimismo* se puede contribuir positiva y eficazmente a la recuperación de quienes presentan mayores deficiencias.

Algo de este sentimiento de un *ilimitado optimismo*, nos lo trasmiten estas palabras de uno de los grandes pedagogos amigonianos de primera hora, y con ellas quiero yo concluir mi intervención:

- *¿Sabéis quiénes son los incorregibles?* –se pregunta retóricamente para responderse él mismo a renglón seguido– *Algunos llaman así a aquellos alumnos que no dan esperanzas de corrección. Pero decidme, sinceramente: ¿cuándo se puede decir en verdad que un alumno es incorregible?*

  Sólo cuando se hubieran agotado todos los recursos de la "ciencia y de la gracia", se podría hablar así. Pero ¿quién será el osado que se atreva a asegurar que ha empleado todos los tales recursos?

  Además no es propio de los buenos educadores calificar así a la ligera, sino de educadores bisoños y principiantes quienes, muchas veces sin suficientes elementos de juicio, adelantan criterios ofensivos a los propios alumnos.

  Yo –finaliza diciendo– *en veinte años como educador, jamás me he atrevido a llamar "incorregible" a un alumno. Hay que amar mucho a los alumnos y quien los moteja con semejantes calificativos demuestra, bien a las claras, que los quiere muy poco* (TPAA, 12.009).

Juan Antonio Vives Aguilella